

FORMACIÓN SACERDOTAL Y FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD

El modelo bíblico

Santiago Silva Retamales

*Profesor del Pontificio Seminario Mayor San
Rafael de Valparaíso y de la Facultad de Teología
de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

I Introducción

Los modelos de personalidad que ofrece la psicología hoy en día son numerosos y de variada calidad. A pesar de no contar con uno avalado por la mayoría de los psicólogos y pedagogos es imprescindible sustentar la formación de los futuros sacerdotes en un modelo de personalidad dinámico e íntegro con el objeto de avanzar gradualmente y comprender globalmente el proceso de formación del sacerdote diocesano.

Las páginas que siguen son una aproximación a la formación sacerdotal diocesana a partir de un modelo de personalidad bien particular: el modelo hebreo del tiempo bíblico. Según BERNARD DE GERADON, cuando se habla de personalidad en el mundo judío bíblico se entiende la descripción válida del funcionamiento del ser humano individual en el mundo social en razón de que el hombre es siempre percibido como un todo socialmente inmerso e interactivo, que acciona y reacciona

ante personas, acontecimientos y cosas. Por tanto, al hablar de la personalidad en el mundo de Jesús se habla de una concepción fuertemente orientada al grupo, de intensa conciencia no-individualista¹.

Sin duda que las diferencias de lo que se llama modelo bíblico de personalidad con los modelos actuales saltan a la vista, incluso es evidente que la finalidad de ambos modelos responden a distintos intereses. Sin embargo, fue el modelo hebreo el que Jesús tuvo en cuenta (concientemente o no) cuando planteó los requerimientos propios del discipulado y de la misión para la nueva familia que fundaba.

Este modelo de personalidad, simple y práctico, no excluye los modelos psicológicos generalmente más complejos y teóricos; más bien se complementan.

II- Las tres zonas de la personalidad según el mundo hebreo

En el mundo mediterráneo antiguo no existía el concepto de personalidad individual. Como cada persona estaba necesariamente implicada para su sobrevivencia y honor -valor fundamental en aquellas sociedades- en un determinado núcleo social su identidad sólo se podía explicar en relación con el núcleo del que formaba parte². A esto se denomina personalidad diádica (de "par, pareja") en la ciencia antropológica. Por tanto, no se concibe la personalidad individual del hombre si no es en interacción con el mundo circundante.

Además, como se trata de pueblos orientales del siglo I de nuestra era y no de occidentales del siglo XXI, hablamos de núcleos sociales pre-industriales en quienes predomina el razonamiento práctico-representativo y no el teórico-lógico.

¹ Cfr. B. DE GERADON: «L'homme à l'image de Dieu. Approche nouvelle à la lumière de l'anthropologie du sens commun», en *NRTh* 80 (1958) 683-695.

² El núcleo social podía ser *heredado*: familia, clan, tribu, y generalmente religión y trabajo, o *adquirido* como el los discípulos que lo "abandonan todo" para formar parte de un núcleo social nuevo, el de Jesús; este núcleo corresponde al de "discípulo-rabino".

Se trata de gente muchísimo más intuitiva que analítica, más concreta que teórica, razón por la que se expresan mejor mediante el lenguaje simbólico que el racional. Esto explica la profusión de parábolas y alegoría en el Nuevo Testamento y la escases de discursos argumentativos de corte filosófico. Estos discursos se encontrarán en textos bíblicos que reciben una fuerte influencia del pensamiento griego.

Para el mundo hebreo de la cuenca del Mediterráneo del siglo I dC., el individuo es un todo socialmente inmerso e interactivo, capaz de acción y reacción en tres niveles o ámbitos de vida:

- a) Relación con El Otro, es decir, las divinidades que regían el núcleo social, su situación presente y su destino último. La fe de un judío estaba puesta en Yahveh, el Dios de la alianza, y la de un cristiano en el Dios que se reveló Padre misericordioso en Jesús, su Hijo y Mesías. Para la gente del siglo I éste es el principal y más intenso ámbito de vida, pues toda su existencia, desde que nacen hasta que mueren, está polarizada por lo religioso.
- b) Relación con los otros, es decir, el núcleo social particular junto a los hombres y mujeres con los que un habitante de una ciudad o aldea pre-industrial tomaba contacto por motivos de trabajo, guerra, comercio, fiestas y celebraciones religiosas... La gente del siglo I dC. era poco dada a la introspección, esto es volcada a su mundo íntimo y a su cultivo.
- c) Relación con lo otro, es decir, las cosas creadas, un ámbito siempre en función de la relación con Dios y los otros.

La división presentada no hay que entenderla como compartimentos estancos. Las relaciones entre estos niveles son múltiples y no es raro que frecuentemente se yuxtapongan.

Estos ámbitos de vida que constituyen el marco relacional de la gente del siglo I justifican las tres zonas de la personalidad que, desde la perspectiva psico-social y según la mentalidad

hebrea del siglo I, hacen que la persona sea lo que psicológica y socialmente es y explican su comportamiento.

En virtud del pensamiento concreto y lenguaje simbólico ya mencionados, algunos órganos del cuerpo humano simbolizan las tres zonas de la personalidad y, por un lado, delimitan al hombre como individuo y, por otro, hacen posible la relación con su núcleo familiar y social.

Las zonas a las que nos referimos son:

- a) La zona del pensamiento emotivo (mundo interno) representada por el corazón y los ojos.
- b) La zona del lenguaje autoexpresivo (mundo de la comunicación) representada por la boca y los oídos.
- c) La zona de la acción o gestos premeditados (mundo de la ejecución) representado por las manos y los pies.

En un cuadro resumen, lo indicado se presenta del siguiente modo:

Ámbitos de acción y reacción [niveles de relación]	Símbolos corporales [órganos del cuerpo]	Lo simbolizado [zonas de la personalidad]
El Otro (Dios)	Corazón / ojos ↙ ↘	Mundo interno: pensamiento-emotivo
Los otros (hombres)	Boca / oídos ↙ ↘	Mundo de la comunicación: lenguaje autoexpresivo
Lo otro (cosas creadas)	Manos / pies ↙ ↘	Mundo de la ejecución: acción premeditada

Algunos textos bíblicos revelan esta estructura de la personalidad en relación diádica que describimos: «Vigila tus pasos cuando vayas a la casa de Dios, pues mejor es obedecer que ofrecer sacrificios a la ligera, como hacen los necios. Cuando lles un asunto ante Dios, no te precipites en hablar ni se acelere tu corazón por Dios está en el cielo y tú en la tierra» (Ecles 4,17-5,1); otra forma: «Me lleno de nostalgia al recordar (= corazón) cómo entraba en el recinto e iba hacia el templo de Dios (= pies), en medio del pueblo en fiesta, entre gritos de alegría y acción de gracias» (= boca; Sal 42,5; cfr. Sal 17,3-5; Prov 6,12-14.17-18).

En síntesis, los seres humanos «están dotados de un corazón para pensar, y de unos ojos que proporcionan datos al corazón; de una boca para hablar, y de unos oídos que captan el lenguaje de los demás; y de unas manos y unos pies para actuar. De una manera más abstracta, los seres humanos están compuestos de tres zonas mutuamente conectadas pero distinguibles, zonas de interacción con las personas y las cosas del medio ambiente humano: la zona del pensamiento emotivo, la zona del lenguaje autoexpresivo y la zona de la acción premeditada»³.

Analicemos con detención cada una de estas zonas.

III- Significado y función de las zonas de la personalidad

1.- Corazón y ojos:

En la experiencia cotidiana de los pueblos antiguos y del pueblo hebreo el corazón ocupa un lugar central. Representa el mundo interno, generalmente desconocido para los otros y sólo conocido por el propio sujeto y por Dios. Mientras el hombre se deja impresionar por apariencia física y por la estatura, «el Señor ve el corazón» (1 Sm 16,7) y «lo sondea» (1 Cro 29,17; Jr 11,20; Sal 17,3).

³ B.J. MALINA, *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural*, Estella-Navarra 1995, 97; Cfr. DE GERADON: «L'homme à l'image de Dieu», en *NRT* 80 (1958) 683.

En el corazón es donde se genera y guarda el pensamiento emotivo de donde brota la actitud básica de aceptación o rechazo a Dios. Una de las principales máximas de Jesús para alcanzar la plena comunión con Dios se centra en una disposición referida al corazón: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

De los tres pares de órganos mencionados (corazón/ojos, boca/oídos y manos/pies), el corazón es el único que no se ve y en el cual tiene lugar lo desconocido a la vista de otros: el juicio, la comprensión, la perspicacia, la elección, el amor y el odio, la bondad y la maldad, la fe y la duda, la soberbia y la humildad... Se trata de lo que hoy catalogamos como perteneciente al mundo íntimo, a la conciencia, pero que en gentes del siglo I necesariamente implica a los otros o porque éstos son la causa o los destinatarios del pensamiento emotivo (Mt 13,15; Mc 11,23; Lc 1,51; 21,34; 24,25; Hch 7,54; 8,22; Rom 10,9; 1 Cor 4,5).

El corazón es el centro de reflexión y sensibilidad (Lc 2,19.51; 3,15; 5,22; 9,47), fuente de decisiones y proyectos, disposiciones y comportamientos que explican la particularidad de cada ser humano (2 Cor 2,4; 9,7; Heb 4,12).

El corazón del hombre se nutre de contenido principalmente por la transparencia de sus ojos que por naturaleza están abiertos a la luz (Jn 12,40; Ef 1,18)⁴. Por los ojos (y los oídos), el corazón "se nutre" de todo tipo de impresiones que se transforman en ideas y sentimientos, buenos y malos (Mt 9,4). Como el corazón es una bodega⁵ donde se guardan las experiencias positivas y negativas, de éste "sale" todo lo que un ser humano piensa y siente (Gn 6,5; 1 Sm 2,1; Mt 12,35; 15,19; Lc 6,45), y que sus ojos -quíeralo o no- se encargan de reflejar. En Lamentaciones se dice de manera explícita: «Ha caído la corona

⁴ La traducción literal de Ef 1,18 es: «Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo... ilumine los ojos de su corazón, para que reconozcan...».

⁵ En 2 Cor 7,2 se encuentra la concepción del corazón como bodega, como lugar empleado para guardar todo tipo de recuerdos y situaciones. San Pablo pide a su comunidad de Corinto que le haga «un espacio en su corazón» (traducción literal), y más abajo: «Y no digo esto para condenarlos, pues acabo de decir que los llevo dentro de mi corazón compartiendo tanto la muerte como la vida» (2 Cor 7,3).

de nuestra cabeza. ¡Ay de nosotros, que hemos pecado! Por eso está enfermo nuestro corazón, por eso se debilitan nuestros ojos» (Lam 5,16-17; cfr. Mt 6,22-23; 2 Pe 2,14; 1 Jn 2,16).

Aquello que el corazón exterioriza mediante los ojos da su impronta a todo el hombre, según aquel proverbio bíblico que dice que un «corazón contento alegra el semblante, y un corazón en pena deprime el ánimo» (Prov 15,13).

Dios es la causa de las disposiciones buenas que se hallan en el corazón del hombre (Hch 16,14; 1 Tes 3,13; 2 Tes 2,17; 3,5), y los espíritus impuros de los rencores, la falta de fe, el odio... de la seducción y dureza del corazón (Mt 13,19; Rom 16,18; Heb 3,12; Sant 3,14; 2 Pe 2,14).

La palabra manifiesta lo que está guardado en el corazón haciendo posible la comunicación, pero ya estamos hablando de otro par de órganos corpóreos, la boca y los oídos, que simbolizan el lenguaje autoexpresivo y que tienen que ver sobre todo con el ámbito de la relación con los otros.

2.- *Boca y oídos:*

El par boca - oídos (lengua, labio, garganta, dientes) apunta a la capacidad humana de comunicarse con los otros (Mc 7,35; Lc 4,22; 22,71), es decir, a la posibilidad real de “recibir” (oídos) y “hacer salir” (boca) nuestro mundo interno por la palabra y el discurso (Lc 12,3); simbolizan, pues, el lenguaje autoexpresivo.

Por “palabra” en hebreo (*dafbafr*), se entiende tanto lo que se dice como aquello que se hace. Comprendida así, la palabra materializa y mediatiza nuestra relación con Dios y con los otros. Aquellos que no pueden hablar ni oír son hombres sin capacidad real de comunicarse con sus semejantes y ésta es su enorme desgracia. Cuando Jesús sana a mudos y sordos (Mc 7,31-37), más que la curación de un impedimento físico, les reporta la posibilidad de ser personas en un mundo donde sólo se es tal en virtud de la interdependencia dinámica y fiel con la familia y la sociedad. Dichas curaciones del Señor son signos de la presencia

efectiva del tiempo de la salvación (Is 29,18-19; Lc 4,17-19)⁶, devolviéndole al hombre su integridad absoluta que depende de la capacidad de integración al dinamismo de la vida social de su comunidad (familia y pueblo).

Además, como los oídos abiertos a Dios simbolizan la disponibilidad para obedecer sus mandatos (Is 50,4b-5; Prov 22,17-18), tener los oídos tapados o cerrados indica lo contrario: la incapacidad de vivir sumisos al Señor (Jr 6,10; cfr. Hch 7,51) y de conocer y aceptar la revelación divina (Mc 4,9)⁷.

Al igual que los ojos, los oídos nutren el corazón, y el contenido de éste -además de los ojos- también se expresa por la boca. Así lo recuerda Jesús en dos sentencias que pertenecían al bagaje de la sabiduría popular de su tiempo: «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12,34), y «lo que sale de la boca viene del corazón, y eso es lo que mancha al hombre» (15,18).

Hay un tercer ámbito de vida en que se mueve el israelita del siglo I: lo otro, esto es, el campo de la relación con las cosas y los acontecimientos, el tiempo y el espacio; según el mundo hebreo, la zona de la personalidad representada por las manos y los pies tiene que ver principalmente -aunque no exclusivamente- con lo otro.

3.- *Manos y pies:*

Con las manos y los pies el mundo hebreo representa una tercera zona de la personalidad humana, el de la ejecución dominado por la acción y la reacción. Con la mano o el brazo se bendice y se obtiene respeto y amistad, y con esa misma mano se asesina y se obtiene en respuesta venganza y violencia⁸.

⁶ Lc 4,17-19 cita a Is 61,1; 58,6 y 61,2, en este orden.

⁷ Si un esclavo hebreo debía ser liberado pero por propia decisión quería mantenerse al servicio de su señor, éste lo arrimaba a la puerta de casa y le perforaba la oreja en señal de sumisión perpetua a su amo (Ex 21,5-6). Por otro lado, en la consagración de sacerdotes se untaba con sangre sacrificial la oreja derecha del postulante, para que viviera con su oído abierto a la palabra del Señor (Lv 8,23-24).

⁸ En el mundo antiguo, la mano y el brazo se confunden en su significado, puesto que en mayor o menor medida el brazo participa de la actividad de la mano.

El término hebreo para decir mano (*yafd*) también se traduce por "potencia, poder, fuerza". Con la potencia de su brazo el Señor rescata a los hebreos cautivos en Egipto y los libra de «la mano de los egipcios» (Ex 3,8; 3,20; 6,6; Dt 5,15; ver Lc 11,20). Con el poder de su mano o brazo Dios domina al orgulloso mar y a Rahab, monstruo marino que vive en sus profundidades (Sal 89,10-11), y provee de lo necesario a las criaturas que él mismo formó (104,24-29; cfr. Job 12,7-10). La mano o brazo poderoso de Dios derrota a los enemigos y adversarios (Sal 21,9; Lc 1,51-52) y produce el arrepentimiento del pecador (Sal 32,3-5; cfr. 1 Pe 5,6).

Caer en las manos de alguien significa quedar en el ámbito de su poder, para mal (Gn 16,6; cfr. 2 Sm 24,14) o para bien (Lc 23,46; Jn 10,28).

En el Antiguo Oriente el pie es símbolo de sometimiento y humillación. Así lo indican innumerables grabados antiguos donde reyes vencedores se encuentran pisando a reyes vencidos postrados en tierra (Jos 10,24; cfr. Am 2,7; Rm 16,20). Al igual, cuando Dios pone bajo los pies de los hombres las obras salidas de sus manos es porque los hace partícipe de su poder de señorío sobre todas las criaturas salidas de su mano (Sal 8,4-9; ver Is 66,1).

Por otro lado, como la vida se compara a un camino, los pies juegan el rol metafórico de señalar qué tipo de pasos lleva el hombre en su vida moral. Tal es el sentido del Sal 73,2-3: «Pero por poco doy un mal paso, poco faltó para que resbalaran mis pies, porque sentí envidia de los perversos al ver la prosperidad de los malvados» (cfr. Sal 26,11-12; Job 23,11; Is 59,7-8 y Prov 1,16 citados en Rm 3,15; Eccl 4,17). En el Nuevo Testamento a lo mismo apunta Heb 12,12-13: «Fortalezcan, pues, sus manos cansadas y sus rodillas temblorosas, y preparen caminos planos a fin de que el pie torcido sane y no vuelva a dislocarse».

Según la concepción hebrea, las manos y los pies materializan las intenciones ocultas que anidan en el corazón y que sólo el propio sujeto y Dios conocen. Dicho con un adagio popular: "obras son amores y no buenas razones". En el mundo de Jesús, por buenos que sean sentimientos e intenciones son sólo eso, emociones desconocidas que no tienen ninguna entidad hasta que alguna palabra u obra las saque a la luz (cfr. Lc 9,62).

Ahora bien, la obra que las manos y los pies de un hombre realizan es un acto de poder que necesariamente deja huellas en el ámbito de sus relaciones familiares y sociales (construir casas, hacer el pan, casarse y tener hijos...) y en de animales y vegetales (sembrar, cuidar ganado...; cfr. Hch 7,50; 1 Cor 4,12; Ef 4,28; 1 Tes 4,11; Heb 1,10).

Por tratarse de gente de sociedades pre-industriales se ocupan mucho más de los bienes en sus estados naturales que manufacturados, y como conciben los bienes como finitos y limitados sus acciones tienen carácter de actos de propiedad irrenunciables: lo hecho es para beneficio y honor (o deshonor) del núcleo familiar, y lo es para siempre, pues la obra y sus consecuencias (de honor o deshonor) se heredan de padres a hijos; perder bienes concebidos siempre como limitados, estropearlos o venderlos por necesidad es una pérdida irrecuperable⁹.

IV- Personalidad y formación sacerdotal

1.- *Un corazón, una boca y unas manos de pastor:*

Esta visión de la estructura de la personalidad según el mundo bíblico nos invita a que la formación del seminarista, futuro pastor diocesano, esté particularmente atenta a las tres zonas que explican psico-socialmente al hombre: la del pensamiento emotivo (mundo interno), la del lenguaje autoexpresivo (comunicación) y la de la acción premeditada (ejecución). Es decir, un Seminario Mayor debería ofrecer todo aquello que posibilite la conversión y evangelización profunda del corazón, de la boca y de las manos.

Para hablar de la formación empleamos generalmente la expresión formar un corazón de pastor (ver Jr 3,15)¹⁰ que -según

⁹ Esta mentalidad explica en parte la legislación de la devolución de tierras a sus dueños legítimos en el año jubilar (cfr. Lv 25,13.23ss).

¹⁰ Con esta cita del profeta Jeremías se inicia una hermosa exhortación apostólica de JUAN PABLO II, *Sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual*: «Os daré pastores según mi corazón (Jer 3,15)». Nos referimos a *Pastores dabo vobis* (Roma 1992).

lo indicado- habría que completar ahora con la formación de una boca y de unas manos de pastor. Por tanto, el objetivo primordial de un Seminario Mayor es la educación de un corazón/ojos, de una boca/oídos y de unas manos/pies de pastor. Además, cada una de las zonas de la personalidad que representan estos órganos corpóreos nos permitirán considerar en una nueva dimensión el triple munus Christi: Jesucristo como sacerdote (= corazón y ojos), profeta (= boca y oídos) y pastor (= manos y pies).

Desde la concepción hebrea de la personalidad, la misión de un Seminario Mayor es ofrecer un proceso y un estilo de formación que eduque el corazón/ojos, boca/oídos y manos/pies de los seminaristas al estilo de Cristo, Buen Pastor y Cabeza de su Iglesia. Así los formandos podrán ser en la Iglesia y al frente de la Iglesia auténticos mediadores de la gracia (sacerdotes), valientes anunciadores de la Palabra (profetas) y modelos y guías del Pueblo de Dios (pastores).

Las reflexiones que siguen apuntan a cómo educar a nuestros seminaristas de hoy para que sean los pastores del mañana según el querer de Cristo y de su Iglesia o, lo que es lo mismo, qué ofrecer para que nuestros Seminarios como instituciones educativas favorezcan la formación de un auténtico corazón de pastor (= mundo interno), de una boca de pastor (= mundo de la comunicación) y de unas manos de pastor (= mundo de la ejecución).

2.- *Un corazón y ojos de pastor:*

Por vocación y misión, cada seminarista está invitado a configurar un rico y dinámico mundo personal, donde ocupe un lugar destacado la vida interior, a tal punto intensa que nutra aquellas convicciones y aquel gozo que le permitan vivir su futuro ministerio como fiel representación de Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, y al servicio de la porción de fieles que el Obispo le solicite. Hablamos de aquellas convicciones y gozo propios de un pastor diocesano, es decir, de lo que sustenta la caridad pastoral y la vida apostólica en el ámbito secular, la pertenencia a la Iglesia diocesana y la dependencia del carisma episcopal, la comunión filial con el Obispo diocesano y la misión evangelizadora como

tarea del presbiterio local. Todo entendido y vivido desde la perspectiva teológica de la Iglesia como misterio de comunión y participación.

Educar y convertir el corazón es moldear una conciencia límpida y atenta a los signos de los tiempos, suscitar una libertad entendida como realización fiel de la voluntad de Dios y generar unos sentimientos que se asemejen a los que animaron al Hijo de Dios en su encarnación y misión (Flp 2,5).

Un formando y un sacerdote podrán decir cosas maravillosas (boca = palabras) o hacer cosas asombrosas (manos = acciones), pero si no entrega el corazón a Jesucristo, Salvador y Buen Pastor, todo es inútil. Algún día todo se viene abajo, como la casa construida sobre arena, y muchas veces -en el caso del presbítero- con gran escándalo para los laicos cristianos a quienes estaba llamado a edificar.

La educación del corazón y ojos de pastor configura al seminarista como SACERDOTE, preparándolo para la ofrenda total y por siempre de su corazón a Dios y al servicio de los hermanos (Rom 12,1-2). El Sacramento del Orden lo transformará en mediación de la gracia y la misericordia del Buen Pastor para estos bienes salvíficos alcancen abundantemente a los hombres de todo tiempo y lugar (Heb 5,1), particularmente a pobres y marginados (Lc 4,16-21).

3.- *Una boca y oídos de pastor:*

La segunda zona de la personalidad es el lenguaje autoexpresivo y se representa con los órganos de la boca y los oídos.

Gracias a la boca, el hombre sale de sí mismo, y gracias a sus oídos puede acoger el misterio de los otros y del Otro. Pensamientos y sentimientos que radican en el corazón se exteriorizan por la boca, la que "ex-pone" (= poner delante) el mundo interno de aquel que por vocación está llamado a relacionarse con otros.

Educar una boca y oídos de pastor es formar al hombre de diálogo con Dios y con el mundo, al evangelizador y constructor del Reino y sus valores. Para la realización gozosa

de estos desafíos se requiere sobre todo escuchar, por algo -según afirma un antiguo proverbio oriental- el hombre tiene dos oídos y una sola boca, para que escuche el doble de lo que habla.

Escuchar a Dios como la Virgen María (Lc 1,38; 2,51) es leer la vida desde la fe y en perspectiva de historia de la salvación. Por lo mismo, es practicar -entre otros recursos espirituales- la Lectio divina de tal manera que produzca un estado de vida sacerdotal profundamente sellado por la escucha de la Palabra y el diálogo con la cultura.

Como "escuchar" es "obedecer"¹¹, es decir, someter libremente el presente y el futuro del que escucha al querer del Señor de la historia, la piedra angular de la espiritualidad diocesana es la sumisión filial a Jesucristo Buen Pastor y el servicio fraternal a los hermanos en la fe (kerigma y catequesis) y a los hombres de buena voluntad (kerigma y misión). Doble es, pues, la escucha de un presbítero: a Jesucristo que lo escogió para hacerlo sacerdote al frente de su Pueblo, y a los hombres con quienes en el Pueblo de Dios es cristiano y peregrino.

La educación de la boca y oídos de pastor configura al seminarista como PROFETA y SABIO, es decir, forma al hombre de fe y esperanza en diálogo intenso con Dios, gracias al cual aquilata -como profeta- la voluntad de su Señor, y -como sabio- descubre al Dios liberador en el caminar de los hombres, de la historia y la cultura.

El Seminario busca preparar al pastor que posponga visiones individuales para privilegiar la mirada profética y sapiencial de la realidad que le permita discernir los caminos de liberación ofrecidos por Dios Padre, realizados por el Hijo y animados por el Espíritu.

Todo profeta y sabio cristiano hace del encuentro con su Padre y con sus hermanos una experiencia transformadora que le permite un servicio cada vez más atento a los hombres, según los signos de los tiempos, y cada vez más humilde y generoso, porque se sabe miembro de un Pueblo sacerdotal y profético.

¹¹ Así sobre todo en la *literatura deuteronomista*; escuchar es obedecer: cfr. Dt 6,3.4-9; no escuchar es rebelarse: Dt 18,16.19. En el *Nuevo Testamento*, ver Lc 11,28.

4.- *Unas manos y pies de pastor:*

No basta un caudal de pensamientos y emociones por más fraternos y rectos que sean, puesto que -según el modelo hebreo- sólo las acciones concretas dan carta de ciudadanía al hombre en su medio social. El mundo hebreo es profundamente sensible al hecho de poner por obra la enseñanza recibida al punto que aquello que no se hace simplemente no existe (Mt 7,24-27; Flp 4,9). Las intenciones por más buenas que sean sólo se quedan en eso si no logran materializarse mediante palabras y acciones (Mt 21,28-32).

Traspasemos esta concepción a situaciones concretas de la vida del Seminario. Así como no son aceptables las buenas acciones sustentadas en malas intenciones, así tampoco las buenas intenciones sin acciones. Es decir, ¿de qué le sirve a un seminarista conocer con claridad que la Eucaristía es vital en su formación si con frecuencia se distrae, llega tarde o en las vacaciones le da más o menos lo mismo participar o no?, ¿de qué le sirve conocer con profundidad la eclesiología de comunión y participación si no pone los medios que le permitan acabar con su egoísmo y rencor que quebranta la fraternidad?

Preguntas como éstas podríamos hacer muchas, y todas demostrarían lo mismo: según el mundo hebreo, ¡no basta pensar o sentir, hay que actuar!

Las manos y los pies representan aquella zona de la personalidad humana que tiene que ver con la ejecución, es decir, con los actos de la persona y la construcción y modificación de cosas y objetos. Los actos del hombre tienen que responder a un corazón sincero y recto por lo que deben expresar las convicciones y manifestar su libertad. De no ser así, están desprovistos de espíritu y se vuelven monótonos, y sólo podrían realizarse para crear buenas impresiones en compañeros y formadores. Este tipo de acciones carece de contenido personal porque se hacen sin comprometer el corazón o con doblez de corazón, y -por tanto- no revelan lo que en realidad el sujeto piensa y siente.

La propia identidad se oculta o se disfraza mediante actos que se presentan como rectos o sinceros y que generalmente buscan ganar el status de hombre justo, pero en realidad son

caretas que reemplazan la donación sincera y generosa de la existencia. Esta dinámica es de signo diametralmente opuesto al comportamiento Jesucristo, «el cual -siendo de condición divina- no consideró codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, y se hizo semejante a los hombres» (Flp 2,6-7).

La educación de las manos y pies configura al seminarista como PASTOR de la Iglesia por cuanto mira a que el futuro presbítero no se quede sólo en buenas intenciones, sino que sea capaz de generar aquellos actos que expresan su conversión a Dios y de realizar acciones pastorales fundadas en sus convicciones (corazón/ojos: sacerdote) e inspiradas en lo que Dios desea y la gente necesita (boca/oídos: profeta/sabio).

V- La formación sacerdotal

1.- *Formación sacerdotal y proceso pedagógico:*

La formación del sacerdote diocesano reclama un proceso pedagógico fundado en una visión cristiana, íntegra y dinámica del hombre.

Se entiende por proceso pedagógico un caminar programado en razón de unas metas a conseguir. Ahora bien, se trata del caminar de un hombre cristiano, de un hombre redimido por Jesús y con vocación de vida eterna. Por tanto, porque el proceso pedagógico es un caminar programado se organiza en base a objetivos y actividades, plazos y recursos, y por ser el caminar de un hombre cristiano tiene en cuenta el misterio del hombre, de Cristo y de la Iglesia en perspectiva salvífica y escatológica.

Porque la formación sacerdotal supone un proceso pedagógico exige de cada seminarista DISCERNIMIENTO y CRECIMIENTO, disposiciones que requieren de un esfuerzo sostenido por parte del formando de colaborar con la gracia de Dios que en cada uno realiza su obra en vista a alcanzar la imagen del hombre perfecto, Jesucristo (Rm 8,29). La identidad con Cristo Buen Pastor prepara al seminarista de hoy para ser el auténtico modelo del rebaño que algún día se le confiará (1 Pe 5,3; cfr. 1 Tes 1,7).

2.- *Formación sacerdotal y vocación:*

La formación del sacerdote diocesano supone el don de la vocación, por lo que la formación se sustenta necesariamente en el carisma o gracia de la vocación sacerdotal, elección misteriosa y gratuita de la que sólo Dios es el responsable. Sin la vocación, pues, no tiene asidero ningún proceso pedagógico con miras al sacerdocio por más estúpido e integral que sea.

Porque la formación sacerdotal supone el don de la vocación reclama de cada seminarista una ACTITUD de DISCÍPULO caracterizada por la sumisión filial al Padre, el conocimiento cariñoso de su Hijo (Mc 9,11) y el discernimiento de las mociones y carismas del Espíritu.

3.- *La formación sacerdotal, tarea y desafío:*

La formación sacerdotal es a la vez una tarea y un desafío. Una tarea porque pide el esfuerzo personal mediante actos conscientes y libres que respondan a la gracia. Un desafío porque el crecimiento en las dimensiones humana y comunitaria, intelectual, pastoral y espiritual es un aventura que nunca se agota, pues cada meta alcanzada es como llegar a una colina de donde se divisa lo que aún falta por alcanzar.

El pecado y la debilidad humana desgastan y marchitan en el cristiano los dones de Dios. El don, pues, debe estar asistido de la fidelidad, don del Espíritu de Dios (Gál 5,22-23). Si en razón de los dones que Dios nos regala se nos invita a la disponibilidad, en razón de la libertad del hombre, Dios espera una respuesta consciente y generosa. Por tanto, si la formación sacerdotal es también una tarea del hombre no se puede excluir de ella los valores humanos de la responsabilidad o el deber bien cumplido, la creatividad o las disposiciones y acciones que rescatan el espíritu del deber, y el sacrificio o el don de sí mismo y no sólo de cosas y tiempo¹².

¹² Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, *Orientaciones Pastorales 2001-2005*; Santiago de Chile 2000 [= OOPP], 161.

Porque la formación sacerdotal es tarea y desafío requiere de cada seminarista una ACTITUD de FIDELIDAD que controle y eduque las sinuosidades de los sentimientos y la variabilidad de los estados de ánimos, y estructure una respuesta siempre generosa e ilusionada al querer de Dios.

4.- *Formación sacerdotal y madurez humana:*

Así como para formarse se necesita de un sustrato sobrenatural imprescindible que es el don de la vocación, así también se requiere de un sustrato natural imprescindible que son aquellas disposiciones y virtudes que hacen el servicio del sacerdote humanamente más creíble y aceptable¹³.

Por esta razón, en palabras de JUAN PABLO II, «es necesario que el sacerdote plasme su personalidad humana de manera que sirva de puente y no de obstáculo a los demás en el encuentro con Jesucristo Redentor del hombre». El Seminario, pues, debe empeñarse en ofrecer lo necesario para suscitar «personalidades equilibradas, sólidas y libres, capaces de llevar el peso de las responsabilidades pastorales», lo que no se consigue si no se educa en el «amor a la verdad, la lealtad, el respeto por la persona, el sentido de la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la verdadera compasión, la coherencia y, en particular, el equilibrio de juicio y de comportamiento»¹⁴.

En síntesis, todo aquello que el apóstol Pablo solicita a la comunidad de Filipos es lo que la Iglesia pide a sus futuros presbíteros: «Hermanos, tengan en cuenta todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de elogiado, de virtuoso y de recomendable» (Flp 4,8).

VI- *Conclusión*

A la luz de estas páginas, un Seminario Mayor se enfrenta al hermoso desafío de implementar aquel tipo de pedagogía que permita a cada miembro de la comunidad educativa crecer al

¹³ Cfr. JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis*, 43; OOPP, 374-393.

¹⁴ JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis*, 43.

ritmo que Dios establece en madurez humana, santidad cristiana y preparación para la misión evangelizadora.

Como la vida cristiana y el ministerio sacerdotal es para un hombre al servicio de los hombres, dicha pedagogía ha de asumir la cultura actual¹⁵, por lo que el proceso pedagógico requiere siempre de una flexibilidad tal que -sin ser infiel a sus objetivos- tenga la capacidad de responder convenientemente a los nuevos desafíos de los tiempos¹⁶.

Teniendo en cuenta los actuales parámetros de la cultura en que estamos insertos y de la cual se nutren nuestros formandos¹⁷, el proceso pedagógico en la preparación de un sacerdote diocesano no puede descuidar algunas importantes metas:

- Suscitar hombres de una profunda experiencia de Dios, es decir, hombres contemplativos.
- Motivar convicciones claras y arraigadas.
- Educar en el discernimiento y la inculturación.
- Formar la capacidad de diálogo y relación interpersonal.
- Educar hombres de tolerancia positiva, capaces de reconocer las diferencias y aptos para la complementación.
- Favorecer la creatividad y la iniciativa, preparando al gestor responsable de proyectos evangelizadores.
- Ofrecer una vida comunitaria atrayente que se abra a las necesidades de los laicos y a la tarea evangelizadora entendida como obra del presbiterio en comunión con el Obispo.
- Centrar el protagonismo del proceso pedagógico en los formandos según el marco de un definido itinerario formativo, donde los formadores ejerzan un oportuno y sabio acompañamiento, favoreciendo reales espacios de iniciativa, participación y decisión.

¹⁵ Cfr. *OOPP*, 57-64.

¹⁶ Cfr. *OOPP*, 199.

¹⁷ Cfr. *OOPP*, 52-77.

Es decir, se trata de una pedagogía que contribuya efectivamente a modelar la identidad sacerdotal sin ambigüedades, que ofrezca una diáfana comprensión y experiencia de Iglesia y de la misión de ésta a la que el presbítero está llamado a presidir, y que invite a vivir un claro y atrayente estilo de vida sacerdotal.

Esto último se hace cada vez más importante, pues, si bien es cierto que la crisis de identidad sacerdotal que se vivió en la Iglesia poco después del CONCILIO VATICANO II ya está bastante superada, nos asomamos a una nueva crisis, un poco más solapada que la primera pero tan peligrosa como ella, la crisis de identidad pastoral que afecta directamente el estilo de vida del sacerdote diocesano.

No hay desafío en la formación presbiteral que no se puede enfrentar y solucionar. Toda crisis (del griego *kpísis*: "separación, distinción; decisión, resolución") es tiempo de profundo discernimiento, por tanto, es un *kairós* o tiempo de Dios para replantear cuáles son las mociones del Espíritu y responder con solicitud a la única tarea que da sentido a la vida del presbítero: amar con todo el corazón a Dios y a los hombres, celebrando la Vida (sacerdote), anunciando el Reino (profeta) y edificando la Iglesia (pastor).

